

Hondos surcos han abierto los trabajos y las penas . . .

Vicente Medina

Año 1919

Obras de Vicente Medina

Poesía Volúmen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908, con doce juicios críticos de escritores ilustres.

La Canción de la Huerta Aires murcianos -- Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

La Ca ... utobiogra-

Alma ... os.

La Ca ... osa—Pági- ... pesimismo

Aboni ... Nuevos Ai-

Canci ... mentación
a ... protesta
E ... hombres.

Teatr

Obras

LA COPLA TRISTE
EL CALOR DEL HOGAR
EN LO OBSCURO
LOS PÁJAROS
LA FIESTA DEL MAR
EL CANTO DE LAS LECHUZAS

Hondos surcos han abierto
los trabajos y las penas...

Vicente Medina
Año 1919

I — Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres...

II — Hondos surcos han abierto
los trabajos y las penas...

III — ¡Sembradores, á los campos,
que es el día de la siembra!

Recomendamos la lectura del Volúmen I



¡Pobre Patria!

Añoramos el patrio hogar... Espíritus soñadores y aventureros, abandonamos el tíbio rincón de la tierra natal y, ya cansados de aventuras en el ocaso de nuestra juventud, con un poco de frío en el alma, deseamos volver al rinconcito que vió el alborear y el medio día de nuestra vida...

Pero... dudamos: dudamos de nosotros y de las cosas; tememos la inconsistencia de nuestros idealismos... ¡tememos la realidad implacable!.

De la patria habíamos salido decepcionados, amargados, asqueados de algunas cosas... A falta de actuales y propios méritos se vocingleaba la tradición: nuestras hazañas, nuestras grandezas, hasta levantar los estómagos... Los desmembradores de la patria, cínicos, fanáticos é impotentes, invocaban, con imbecilidad suma ó con una desvergüenza insultante, la sagrada integridad de nuestros territorios y pedían sangre y dinero al pue-

blo cándido é infeliz... Se votaban leyes de restricción intelectual y de aniquilamiento económico... Un abandono suicida, una puerilidad cursísima y una falta absoluta de sinceridad, eran la característica de todo...

Y ahora, al sentir el anhelo del retorno, nuestras ansias ensoñadoras y nuestra razón curtida en dura experiencia, libran rudo combate.

Nuestras ansias nos empujan al querido rincón: Aquel rincón de provincia en donde todo nos es habitual... Iremos á la peñita aquella, tomaremos aquel café servido por aquel mismo mozo que nos conocía y trataba familiarmente... Oiremos charlar aquellos viejos amigos, charlaremos nosotros, contaremos nuestros viajes, nuestras aventuras... el mozo sonriente, ingenuo, asiste también al relato, quizás toma parte en la cháchara... En el café apenas hay dos docenas de personas, las cuales forman corro alrededor de nuestra mesa: son todas caras conocidas que nos sonríen amablemente... nos saludan... — "Ya está por acá?.. caramba, caramba!..."

Y aquel demonio de Fulanez, aquel que nos hacía reir con sus gracias y sus ocurrencias, suelta un chiste que nos hace

romper á todos en una carcajada... Entonces deja su mostrador el dueño del café y viene hasta la tertulia á reir también... Y del callejón inmediato, en donde un hombre dá vueltas y vueltas al tostador y atiza la lumbre, viene un olor riquísimo á café tostado... y el pianista del café, que es el mismo hace veinticinco años, preludia para saludarnos y sorprendernos aquella nuestra sonata predilecta de los lejanos días de la juventud...

Y también queremos ir á la aldea... iremos á nuestra aldea: allí hemos nacido, allí nos perdimos una vez como niño Jesús, y nuestra madre nos buscó angustiada... allí, como algunos viejos de la aldea, está todavía en pié nuestra vieja casita de alero desportillado, y está, retorcido y rugoso, también como los viejos, aquel álamo en cuya corteza, blanca y tersa un día, grabanos la página más pura de nuestro espíritu...

Queremos ir á la aldea y quedarnos embebidos en el relato de viejas historias... caminar por las solitarias alamedas... vivir las rancias costumbres y la vida confortable y sencilla... Queremos adormecernos en un discurrir tranquilo de los días que nos resten de vida y descansar hasta la muerte, huyendo y olvidando toda lucha, en un dulce reposo de inalterable paz!..

Esto queremos, esto anhelamos; pero la razón con sus tristes experiencias y la realidad despiadada combaten el ensueño.

La razón nos hace recordar cómo quedó la aldea, cuando salimos de allí... Ante nuestra imaginación desfilan los sucesos, las noticias recibidas, vemos al añorado país en su situación actual... La realidad descubre ante nosotros, emocionados, doloridos, una por una, todas sus llagas.

¡Pobre patria!... ¡país de nuestros ensueños! ¡pobres ensueños nuestros!... ¡cómo volver á tí! ¡cómo volver á vosotros! Qué va á ser de vosotros! ¡qué va á quedar de vosotros cuando á vosotros volvamos!... ¿En dónde estará la paz buscada? ¿En dónde estará el anhelado perfume de la vida?...

* * *

¡Pobre patria llagada!... ¡Pobre ensueño vencido por la horrenda visión real!...

Vas á la guerra... ¿vas ó te llevan?

¿Qué ideal defiendes?... ¿tienes, acaso, ideal?

Y sangras y te inmolas!... ¿en holocausto de qué?

Desembarcan regimientos y regimientos en las inhospitalarias costas del suelo africano... A la sombra de las banderas y al



amparo de los soldados, desembarca el material de minas de una poderosa empresa cuyas acciones se pondrán en alza empapándolas en sangre y cuyos accionistas veranean en aristocráticas playas y tienen en su vida de ahitos, una nueva distracción con las noticias de la guerra...

Y, en la desangrada patria, los más responsables son los más irresponsables: dicen que gobiernan, y arreojan y encarcelan y amordazan y torturan y ajustician y ahogan las ideas de libertad y los gritos de paz del pueblo, valiéndose de inhumanos esbirros disfrazados de personajes y emborrachando á las masas con patrióticas exaltaciones teatrales, agenas á todo espontáneo sentimiento y á toda verdad, y con gritos entusiásticos de ¡Viva... esto!... ¡Viva.. aquello!... que no son gritos de ¡Viva!.. sino gritos homicidas, gritos de "¡Muera la voluntad nacional!".

A qué ir! Oh realidad, vences al ensueño y lo aniquilas ensañándote en él! ¡Oh realidad torturadora y cruel como esbirro con casaca de personaje!

Y veo más! Veo la desorganización completa de la patria, el desorden, el abadono, la desidia y la inacción de todos, ante un completo derrumbamiento moral y material... Veo en el alto

poder, y luego en las ciudades y en las aldeas, entronizados el caciquismo y la solapada teoría sacristanesca... Veo una prensa que "por espíritu de patriotismo" ó por espíritu económico(salvo pocas excepciones), guarda medrosa un silencio de vil complicidad... Veo la ñoñez y la castración en núcleos viriles é intelectuales... ¡y veo el más horrendo cuadro macabro de una parte del pueblo que idicta ríe y canta y va á los toros y se divierte, mientras otra parte da su vida en holocausto de la libertad, luchando en la brecha ó sucumbiendo en el suplicio, y mientras como reses al matadero, van las pobres tropas á las costas africanas en tanto que las madres de los soldados, miles y miles de madres, sollozan acongojadas día y noche en una angustia indecible!...

¡Pobre patria!

El habla será la patria

Hace unos doce años, cuando por vicisitudes de la vida empezó á emigrar mi familia, incluso mi anciana madre, escribí este artículo que también es de un ansia de paz, viendo hoy avalorada la teoría que en él apunto con el trabajo profundo del Sr. Unamuno, "El inglés y el alemán", y en el que leo esta frase: "Se pelea por la personalidad, se pelea por la lengua, que es la verdadera nación".

* * *

— Pero allí hablan español ¿verdá? — me preguntaba un hombre de los que iban á partir para Chile, en la expedición que salió de Cartagena en 3 de Diciembre de 1906. Era un hombre de unos cincuenta años, minero de profesión, picador barrenero, había sido huertano allá en Algezares donde llevaba una tierrecica... Luego se pusieron las cosas tan malamente que hubo que venir á la sierra... y ahora la sierra está muerta "y hay que

ir ande Dios quiera porque por encima de tó, hay que vivir". Y este hombre pone en su pregunta un dejo de consoladora esperanza que torna melancólica la amarga expresión de aquel rostro en donde puede leerse la página triste: tiene su mujer, de la misma edad que él; una hija que se le casó muy joven, cargada de criaturas y pasando miserias y trabajos; otra hija soltera y un muchacho de unos catorce años que ya trabaja en las minas, matándose... — Y no es lo peor eso, dice, sino que no hay trabajo... falta el pan... vamos en cueros... ¡y ande se han comío tó lo que uno ha ganao; ande se han quedao con el sudor de uno, no fían un "chavo", ni dan una sed de agua!... — Así las cosas, se ha sabido que reclutaban mineros para Chile, y aquel hombre ha pasado unas horas terribles abismado con la cabeza entre las manos, dándole vueltas á la desesperada situación de su casa y á la salida única por aquel camino tan largo... sin vuelta quizás!... Luego se ha erguido resueltamente, ha cogido la manta y ha dicho: "¡Voy á apuntarme!"

La mujer y la hija soltera han asistido llorosas y en silencio al drama interno: sabían lo que pensaba aquella cabeza, las

vueltas que le estaba dando á las cosas, aquella locura y aquella desesperación en que se hacían los sesos agua... Se han levantado también desesperadas y se han puesto delante de él.

—Nó, no te vas! Nos moriremos de hambre, saldré á pedir limosna! — dice su mujer.

No, padre, no se vaya usté, no le vamos á ver más!

En esto, ha llegado la hija casada con un pequeñuelo en los brazos; ha llegado también el mozuelo, el hijo, que tampoco trabaja aquel día.

—Padre de mi alma, no se vaya usté, no se apunte usté! — dice la hija mayor.

El mozuelo replica:

— Pues hace bien en apuntarse, y yo con él! á la fin del mundo!

— No, tú, por el pronto, no; después, ya veremos — responde el padre, marchándose afectado.

Las mujeres quedan desoladas llorando á lágrima viva, y el mozuelo refunfuñando:

— No lloren usté más! No hay que llorar sino tener alma pa hacerle cara á tó. Yo, si no me lleva el padre, me iré solo!...

.˙.

La misma página triste puede leerse en los rostros de los demás que acuden á la agencia de emigración, desalentados, abatidos, desesperados...

Y el hombre, una vez apuntado en las listas de emigrantes á Chile, torna á preguntar:

—¿Conque allí hablan español?

Y al contestarle de nuevo afirmativamente, al asegurárselo rotundamente, se explica, suspirando, con aquel dejo de consoladora esperanza:

— Verá usté: en toa casta de hombres los hay buenos y malos; pero consuela el ir ande el habla es la nuestra: paece que, por aquello del habla, se han de apiadar más de nosotros; se siente en cierto modo, la confianza de ir ande se tiene familia; y hasta la tierra por remota que se encuentre, si es nuestra habla la suya, ya no nos paece tierra extranjera!

.˙.

Si, el habla es la patria, el habla será la patria!...

Del barco de emigrantes, un hombre joven de corazón animoso, en el momento de partir y al ronco son de la sirena, se arranca con este cantar:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Aquel barco, al desatracar del muelle, parece un pedazo de patria que se desprende y camina sobre el mar...

Y en la inmensidad del océano, cuando la obscuridad ó la niebla borren el pabellón nacional y hasta la silueta de la nave, quedará como soberana y única personificación de la patria, caminando fantástico sobre las olas, aquel cantar!..

*
* *

El habla es la patria: Yo he visto en los cuarteles formar grupos los soldados, según sus dialectos. El lazo fraternal más fuerte era el habla.

Y por el contrario, motivo de rivalidad entre grupos, el habla distinta.

La patria es el habla: He visto á unos franceses en un hotel español celebrando una conmemoración de su país, una fiesta. Había en el grupo una cosa por encima de la conmemoración y de

todo: el habla que los unía, que los exaltaba, que los confraternizaba...

¡Oh, verbo, espíritu de los pueblos, característica y personificación de los pueblos, dulce lazo fraternal!

¡Oh, tierras hermanas, por vínculo de lenguaje siempre españolas!

¡Oh, poetas de América, poetas hermanos, engarzadores del habla española en aquellas remotas tierras, apóstoles del habla que vais por el mundo haciendo su religión: yo os sigo, yo recorerré también mi Galilea haciendo la exaltación del verbo divino!

Y así haremos patria!...

Y si, con mengua de nuestros gobernantes, llegamos á la ífima expresión de la nacionalidad, si llegamos á la nulidad completa, aun quedará flotando sobre los pueblos, como pabellón indestructible, la personificación española, el habla!

Y en la inmensidad de los mares, ya sin pabellón y sin nave, surgirá la patria en aquel cantar de un pecho español animoso!...

*
* *

¡Oh, viejo fuerte que vas á América en busca del pan, lle-



va un beso mío á las hospitalarias tierras!

¡Animo, viejo fuerte! También los que son carne de mi carne han partido como tú... Quizás en tu sendero encuentres á mi madre... es muy anciana... ¡bésala!...

¡Adiós, viejo profético murriador del habla!

La estatua al Maestro

Generalmente hasta ahora, las estatuas, los monumentos (honor en la posteridad) los hallaréis instalados en las grandes ciudades y en sus plazas ó jardines más ó menos fastuosos... Quizás más que por homenaje de gloria, se hicieron éstos, y así los toma también mucha gente, por complemento y adorno de aquel paseo ó plaza, como una escalinata ó una columna más ó cualquier otro aditamento de piedra, bronce ó mampostería... No sé si se ha dado el caso de hacer un jardín para una estatua: lo general es hacer la estatua para el jardín.

Además las estatuas se erigen, por lo común, á hombres (raramente á una mujer) á hombres de bien opuestas cualidades: frecuentemente á los genios del arte, más ó menos genios; pocas veces á los hombres buenos y, muy constantemente, (hasta el punto de que parezca la honorabilidad un baldón que se

quiera perpetuar para escarmiento é ignominia) se bautizman calles ó plazas con sus nombres ó se levantan estatuas, á los tiranos y á los ladrones del pueblo.

No he de negar que hubo grandes tiranos y grandes ladrones casi dignos de la posteridad; pero es que también quisieron é hicieron por encaramarse á ella otros de la misma calaña, pero miserables ramplones de baja estofa: debe haber clases. Por ejemplo. Visitaréis alguna vez una de nuestras ciudades, pongamos una ciudad provinciana, y os detendréis ante el nombre de una calle, de una plaza, ó ante una inscripción, ó ante una estatua que indefectiblemente vestirá correcta hojalateresca levita...

—¿Quién es este señor? — preguntaréis.

—Pues este señor fué (ó lo es todavía) alcalde de esta ciudad.

—¿Y qué hizo?

—Su fortuna. Era el amo de los consumos y otras cosas. Aprovechó bien el tiempo.

—Pero nada más? no era célebre?

Sí, alguna vez era célebre por su poca vergüenza en los chanchullos, tanto electorales como administrativos.

—Ah!... Y el pueblo, agradecido...

—No, en honor del pueblo, la verdad es que el propio señor se encargó la estatua, ó la posteridad que sea, claro que pagando con los fondos del municipio.

.*.

Pues bien: justo es que apuntemos y celebremos una excepción simpática: un caso que purifica y perfuma el campo de la posteridad gloriosa en donde se colaron de rondón tantos gansos vestidos con plumas de pavo real, tantas urracas hurtadoras, tantos puercos y tantos chacales y hienas, que pusieron el campo pestilente y nauseabundo...

El caso, digno de la crónica y digno de imitación como ejemplo delicado, es el siguiente:

En un pequeño pueblo (en la villa de Archena, Murcia) el ayuntamiento, presidido por su alcalde José Antonio Sánchez y á propuesta de éste, acuerda por unanimidad levantar una estatua al que fué durante treinta y cinco años maestro de escuela de Archena: al maestro Medina.

Quizás, lector, sientas vivo interés por saber de las obras ó hechos de este maestro, un humilde, cuyas obras ó hechos

justificarán el merecimiento de la estatua; pues nada: que cumplió con su deber.

El maestro Medina era un hombre sencillo que tenía vocación de maestro. Su nombre era solo "el Maestro" y, si fuéseis al pueblecito y preguntáseis así solamente, por él, por "el Maestro", os acompañarían hasta una tumba modesta, en el camposanto: allí está.

El maestro enseña, decían; era así: enseñaba primeras letras: nociones, rudimentos, nada más; pero su perseverancia, su obra, su fé de sembrador, estaba en hacer "comprender", en no tirar semilla vanamente. Su afán era que comprendiéramos las cosas: yo era su discípulo también. No era la cosa aprender: era, siempre, comprender.

En otros pueblecitos de alrededor había algunos maestros que discurseaban mucho, que hacían llevar á los muchachos un montón de libros... Luego, los padres se lamentaban de que sus hijos, después de estudiar tanto, no servían para echar una mala cuenta.

Opuestamente el maestro Medina, usaba constantemente un método práctico. No sacaba lumbreras, como él decía, pero sen-

tía vanidad, como buen sembrador que vé aprovechada la semilla, cuando ponía el ejemplo de una generación de hombres útiles que él había enseñado. Sabían leer, sabían escribir, sabían contar... no sabían mucho de gramática, de geografía, de historia... "pero el saber no tiene fin, y yo también — decía, el Maestro, ingenuamente — ignoro muchas cosas".

Este era el maestro Medina: un hombre que se proponía, como misión redentora, ya que no otro fin más alto, sacar, al menos, humildes hombres de provecho...

Además " el Maestro" enseñaba también con el ejemplo de su vida: era laborioso, honrado y modesto. Y era el Maestro en todo: componía el piano y hacía letra para villancicos y otras canciones místicas, ensayaba los coros, dirigía comedias y preparaba comparsas de buen gusto por carnestolendas. "El Maestro" también medía tierras, hacía particiones y era árbitro en cuestiones de familia. Era una institución y un algo de patriarca para su pueblo en el cual arrancó lágrimas á los muchachos con sus coscorrones de maestro, y con sus enseñanzas, lágrimas de gratitud á los hombres.

Los que hoy quieren perpetuar su memoria y glorificarla

fueron sus discípulos, y este acto que honra á la humilde villa de Archena, es la propia semilla que sembró "el Maestro", la cual florece alrededor de su nombre y se hace aureola...

Esta semilla dá hombres como el alcalde José Antonio Sánchez y sus dignos compañeros de municipio, que con una exquisita inclinación delicada, tejen coronas inmortales y labran un pedestal para la noble figura de un obscuro y honrado maestro de escuela.

Y como la humilde villa de Archena todavía no tiene jardines públicos, mi pueblecito ¡qué orgullo! en vez de hacer estatuas para jardines, dará el ejemplo de hacer un jardín para una estatua: ¡para la estatua "del Maestro"!

Seamos honestos

Orden del día del príncipe de Baviera

Londres, Octubre 29 — Telegrafían de Amsterdam que el príncipe heredero Rupprecht de Baviera publicó la siguiente orden del día para el sexto cuerpo:

"Debemos felicitarnos por haber hecho frente á "soldados de Inglaterra, del pueblo que, inspirado "por sentimientos de rivalidad, trabajaba durante "años para rodearnos de enemigos y aplastarnos. "Le debemos la actual sangrienta guerra, y por "eso debemos tomar represalias por la astucia del "enemigo y por los sacrificios en que nos puso. "Cuando encontremos de nuevo á estos soldados, "les mostraremos que no es fácil hacer desaparecer al pueblo alemán de la historia. Nos



"encontramos frente á un enemigo que es el prin-
"cipal obstáculo de la paz".

Conviene recordar que el emperador felicitó últimamente al ejército bávaro por su bravura, diciendo, según el "Lokal-Anzeiger": "Me gustaría ver otra vez á los ingleses frente á los bávaros".

El orgullo, la arrogancia, la soberbia, la jactancia, la gallardía, son cosas más alavadas y reconocidas que nunca en estos momentos trágicos de la guerra universal, en que impera la irreflexión y la fuerza bruta.

Nosotros opinamos que el orgullo, la arrogancia, la soberbia, la jactancia y hasta la gallardía, son cualidades malas porque hieren, porque humillan, porque deprimen ó enpequeñecen á los que no las poseen.

La ostentación de esas cualidades acusa poca delicadeza, poca bondad diremos, porque no hay nada tan delicado, tan exquisito, como la bondad.

Así tendremos que una persona culta (afinada de espíritu, ó sea verdaderamente culta) por elevada posición que ocupe será ó procurará ser en su trato, llana, sencilla, comedida y honesta...

Sin estas cualidades deplorables de orgullo, arrogancia, soberbia, jactancia ó gallardía, posiblemente no habría guerra.

La guerra es el desplante, es el querer descollar, es el prurito de vencer, de aplastar, de colocarse en orden superior.

Y esto que se llama virilidad de una raza, de un pueblo; esta virilidad que todos se adjudican como jaques de burdel, nosotros la detestamos.

Cuando llega el momento de matar — y más todavía de dejarse matar — vienen aquellas excitaciones: "¡Oh, pueblos bravos! ¡pueblos heróicos, ¡pueblos gloriosos!... ¡Vuestra historia, vuestra tradición, vuestro valor nunca desmentido!".

¡Si conscientes, qué tristeza de tanta bambolla estúpida! ¡Si inconscientes, qué tristeza de tanta incultura!...

⁂

: ¡¿Cuándo seremos la mayoría de los hombres, comedidos y honestos, y condenaremos esas excitaciones inmorales á la virilidad?!

¡Los hombres!...

Londres· — Un despacho de Ginebra dá cuenta de que en las zonas fronterizas á Austria y Alemania, especialmente en los bosques y en los Alpes, se ha observado una verdadera invasión de animales silvestres de todo género que huyen del cañoneo en los campos de batalla. Entre esos animales figuran jabalíes, ciervos de varias clases, cabras montaraces; así como también mucha volatería agreste.

Muchos osos han penetrado hasta la Engadina inferior.

En Suiza, en el parque de Yellowstone, los lagos y los ríos se encuentran llenos de animales, pero es prohibida su destrucción.

Infinidad de aves silvestres descansan antes de continuar su emigración hácia el sur en busca de climas más cálidos.

Gran número de jabalíes procedentes de la Selva Negra han

llegado á los Alpes del Jura, á través de la Alsacia y de la Lorena, pasando por entre los ejércitos beligerantes.

* * *

Los pajaritos conocen á los hombres... Al verlos venir, han revoloteado en las ramas de los árboles, se han agitado inquietos... ¡Saben que los hombres los matan á tiros y deshacen los niditos calientes!...

Los hombres se han detenido cerca de los árboles: son tropas que traen un desdichado para fusilarlo.

La sentencia se cumple rápidamente... ¡la víctima cae atravesada por las balas!...

A la fatídica detonación, los pájaros, alzando el vuelo y huyendo despavoridos, parece que dicen angustiados con su lastimero píar: "Los hombres!... ¡otro nido deshecho!".

* * *

¡Los pajaritos y todos los animales conocen á los hombres!

El pajarito

Por el balcón ha entrado un pajarito... un inofensivo pajarito... Son buenas gentes las que están allí; sin embargo, alguien lo persigue: el pajarito vuela azorado dándose testarazos en las paredes, atontándose... trata de sostenerse sobre los cordones de la luz eléctrica, fuera del alcance de la mano, pero resvala y cae... cuando van á atraparlo se alza y vuela de nuevo, aturdido, con un movimiento de alitas cansadas, golpeándose más y más sobre los muebles y las vidrieras... ¡estas vidrieras deslumbradoras que son la libertad á donde va á estrellarse!...

Se hace encarnizada la persecución del pajarito. Las buenas gentes, y hasta las buenas personas sentimentales nos revelan á lo mejor, cuando menos lo esperábamos, instintos de perversidad, crueldad ó ferocidad, que quizás sean simplemente, instintos na-

turales, pero que á nosotros, de diferente inclinación y sentir, nos dejan conturbados é indecisos en nuestra teoría redentora de amor y de ternura.

Aquel pajarito es símbolo de la víctima, símbolo de lo débil; se sostiene resvalando en una moldura del techo, atosigado, abierto el piquito, latiéndole el corazón que del pecho se le salta... Las buenas personas, mientras tanto, lo acechan y discurren, árbitros de la suerte del pobre gorrioncito vulgar...

—Dejadlo, está ya cansadito.

—Eso es lo que queremos para pillarlo.

—Vaya un gusto, ¡si al menos fuese grande! pero si no tiene un bocado, ni sirve para cantar.

—No importa.

—Que abran el balcón y que se vaya.

—No, no, hemos de pillarlo.

—Pero para qué?

—Por gusto.

Y vuelta á la persecución del pajarito que se levanta y cae y pía lastimeramente... Lo ahuyentan con el bastón para que vuele seguido y se canse, le arrojan bolas de papel duro,

vuela alocado, se golpea atontado contra las paredes... Al fin cae al suelo sin volver á levantarse.. . las alitas abiertas que no pueden más!...

*
* *

Pajaritos amarrados con un hilo y entregados á la inconsciencia cruel de las criaturitas... Ratoncitos mojados con petróleo para verlos correr ardiendo... Murciélagos clavados vivos en las paredes...

Guerra de los hombres!... Prisioneros humillados, matirizados, mutilados... Mujeres violentadas, manoseadas, profanadas... Niños y ancianos de amedrentado gesto y arrasados de lágrigrimas sus ojos...

Desolación trágica de las campiñas y las ciudades, convertidas en campos de muertos con entrañas abiertas y órbitas locas.

Fugitivos atribulados, con la angustia mortal de no saber adonde ir, y acorralados y cazados por hombres enloquecidos y ciegos, como á pajaritos, á tiros y porque sí, por gusto!

Siempre el hombre

Somos idealistas... somos pacifistas... Tenemos una casita en el campo y un pequeño jardín y en este jardín un lago ideal... Es una charquita con un cañaveral, con unos sauces y con algunas plantas acuáticas... es un espejito en donde se miran las nubes al pasar...

Somos pacifistas y junto á este lago tranquilo pulimos nuestro ideal de paz y amor entre los hombres... aquella inmaculada idea de "no resistencia", de "no derramamiento de sangre"...

Damos unos pasos por el jardín, y puestos nuestros ojos en el cielo como siguiendo aquella idea... El sol besa efusivo los tallos verdes y las flores, confirmando la sublime teoría del vivir... la mañana primaveral hace estallar en nuestro espíritu, como botones en flor, tendencias generosas... Y en la bella mañana, por el ancho cielo, como escritura de la santa teoría del vivir y de la paz, pasa una ondulante y negra línea de patos silvestres...

En esto, al volver la mirada, sobre el lago tranquilo, vemos uno de aquellos patos que chapotea en el agua alisándose el



espléndido plumaje. ¡Oh, qué bello! A nuestro lago ideal le faltaba el ave graciosa... Yergue su cuello y mira atento, como encantado, las plantas, las flores, el gua cristalina... Quizás tuvo que hacer largo camino en busca de las lejanas islas del río, y cayó cansado... "¡Oh, qué hermoso rincón de paz!" — dirá tal vez — "¡Qué dulce reposo!"

Nosotros mientras tanto, lamentamos que cuando descanse tratará de irse y alzará el vuelo... Con candidez infantil pensamos: "No le haríamos daño alguno si se quisiese quedar, para verlo así en nuestro lago..." De este modo, alejados por el momento de nuestra preocupación de paz, de no derramamiento de sangre, nos obsesiona la idea de que el pato va á levantar el vuelo y no lo veremos más en nuestro lago atusándose su bello plumaje... Y, entonces, con un impulso irreflexivo corremos hasta la casa, traemos una escopeta, nos acercamos al lago, de puntillas, nos agazapamos, apuntamos y hacemos fuego...

El ave graciosa aletea en el agua, la tomamos en nuestras manos, está viva... ¡solo el precioso plumón de un ala rota tiñe la roja sangre!...

El gallo

Nos han traído del campo un par de pollos... ¡triste fin el de estos animalitos!... Al uno nos lo hemos comido en seguidita frito, tusturridito en aceite muy hirviendo... Estaba muy tierno y, así con un puntito de sal, era cosa de chuparse los dedos!...

Al otro pollo lo hemos hechado al patio de la casa que habitamos en la ciudad. Un patio de casa de varios pisos, estrecho y profundo como un calabozo... Arriba se vé el cielo como un pedacito cuadrado de papel azul... Y en aquel patio está el pobre pollo... Es un pollo con pretensiones, bien plantado... Un gallito joven de ojo ardiente y barbas rojas que, seguramente, se habrá contoneado y le habrá puesto los puntos á más de una gallina en sus correrías por el campo...

Ahora cacarea como diciendo "¡Caramba! á qué me tendrán aquí?" y, de vez en cuando, dobla su cabeza desenfadadamente y con un solo ojo mira arriba el cielo... Aquel pedacito cuadrado de papel azul...

¡Quién sabe qué reflexiones se hace mirando aquel pedacito de cielo!... seguramente añora su vida libre por el campo: aquel ir y venir con su bandada por entre los maizales... aquellos amoríos ligeros... aquellas peleas con sus rivales los otros pollos, cuando ya galleaba...

*
* *

A las altas horas de la madrugada nos ha despertado el canto del gallo. Nuestro dormitorio está pegadito al patio y podemos apreciar sus facultades de cantor en toda su fuerza: es arrogante, poderoso, incansable... Nos llega á desvelar y hasta nos interesa... ponemos atención: Canta y escucha. Comprendemos que escucha. Atentos, nosotros también, oímos en la hora tranquila otros gallos lejanos, remotos, á quienes contesta... Es una manera enérgica, vigorosa, de expresarse, de comunicarse...Enmedio de la noche tiene algo de bravo y de guerrero, algo de "¡Centinela alerta!", algo de grito de combate y de conjuro, aquel acento punzante, agudísimo, que cerca y lejos, como de banda que vigila, se escucha en la soledad...

¿Qué se dicen aquellos gallos? Quizás protestan airados en su conjuración de las altas horas de la madrugada, del instinto

sanguinario y de la voracidad cruel de los hombres... Quizás protestan de no poder vengarse, por contar entre sus huestes demasiadas gallinas y capones... ¡Oh, los arrogantes gallos de pelea!... ¡Pero aquellos capones y aquellas gallinas son pacifistas!...

*
* *

Y atentos á la terrible conjura de los gallos y teniendo á la misma cabecera aquel nuestro, que sin duda es de los más exaltados oradores de su partido, (seguramente el partido de la guerra), no hemos podido pegar ya los ojos y nos hemos levantado bien tempranito.

Pero no hemos madrugado nosotros solos. Se ha notado en la casa movimiento desde muy temprano y, cuando todavía nos vestíamos, han llamado á nuestra casa.

—¿Quién será?

Pues una comisión de vecinos pacíficos que vienen á protestar porque no han podido dormir. El gallo no los ha dejado descansar: piden que lo matemos. No faltaba más! Si, señor: lo mataremos hoy mismo y hasta nos lo comeremos con tomate!

El otro pajarito

Estamos en una casa de enfermos, en un sanatorio· Hemos ido acompañando á uno de los nuestros en grave trance. Allí clama el dolor humano, el dolor físico, quizás el verdadero dolor... pues el acento penoso de los dolores románticos, de los dolores retóricos, queda allí amortiguado, apagado, por el grito de la carne atormentada...

En esa casa de enfermos, una de las muchas de la ciudad en donde á díario se vuelca la carrada de carne descompuesta: (enfermos del hígado, del riñón, de cáncer, de un infierno de cosas); en esa casa en donde todas las mañanas, como reses en carnicería, hay algunos infelices hombres ó mujeres abiertos y casi descuartizados en la sala de operaciones; en esa casa y en todos los demás sanatorios y en los hospitales en donde el dolor humano, el dolor de las carnes laceradas, tuvo que aco-

gerse desfallecido de angustia ó dando alaridos; en esas casas hemos podido darnos cuenta del gran dolor físico de la Humanidad; de que no necesita ésta de guerras imbéciles para dar trabajo á la medicina y á la cirujía... ¡Cuánto dolor!... ¡Cuántos tristes hogares desolados, desquiciados, arruinados con las enfermedades!...

Queremos insistir por eso en nuestra idea de Humanidad razonable (racional) libre de prejuicios, diferencias de raza, banderas, idiomas; libre de la vanidad de altezas ridículas (gloria de las armas, honores, condecoraciones, botones, galones; cintajos) aplicando las energías y ese talento (muy discutible) que aun parece que tienen los hombres, á un ideal práctico, positivo.

Insistimos en que la Cruz Roja, como la Sanidad militar, son instituciones tan perniciosas como las fábricas de armas y cuanto sean facilidades, combinación, cooperación, organización más ó menos tácita en favor, ayuda y comodidad de las bárbaras matanzas de la guerra.

Y esas instituciones que en tiempo de paz no hacen nada ¡cuánto bien harían no haciendo nada en tiempo de guerra!

Apuntamos en otra parte algo del ideal positivo que podrían realizar esas instituciones en campos, aldeas y en las mismas ciudades, curando los infinitos enfermos, desecho de la batalla de la vida, que sin guerras de locos é idiotas, se amontonan, no obstante, en los sanatorios y los hospitales, y se pudren, como en las trincheras, sin asistencia, en sus propias llagas, en los hogares míseros.

*

* *

Hablamos de estas cosas con el Director de este sanatorio en donde estamos, y este señor (confirmando nuestra teoría de Humanidad loca y sin brújula) nos cuenta lo de "El otro pajarito", que es así:

Vamos en un tranvía por el centro populoso de la ciudad en donde la circulación y el tráfico son muy grandes. De pronto hay una interrupción en la línea de tranvías y comienzan éstos á detenerse juntos, dos, cuatro, doce; ¡hasta quince! Todo el movimiento de la vía pública se paraliza transcurriendo casi media hora y sin saberse el motivo, y, ya impacientes por nuestro retraso, bajamos de nuestro tranvía, que es de los que quedan más rezagados, y difícilmente, entre la gente que se ha

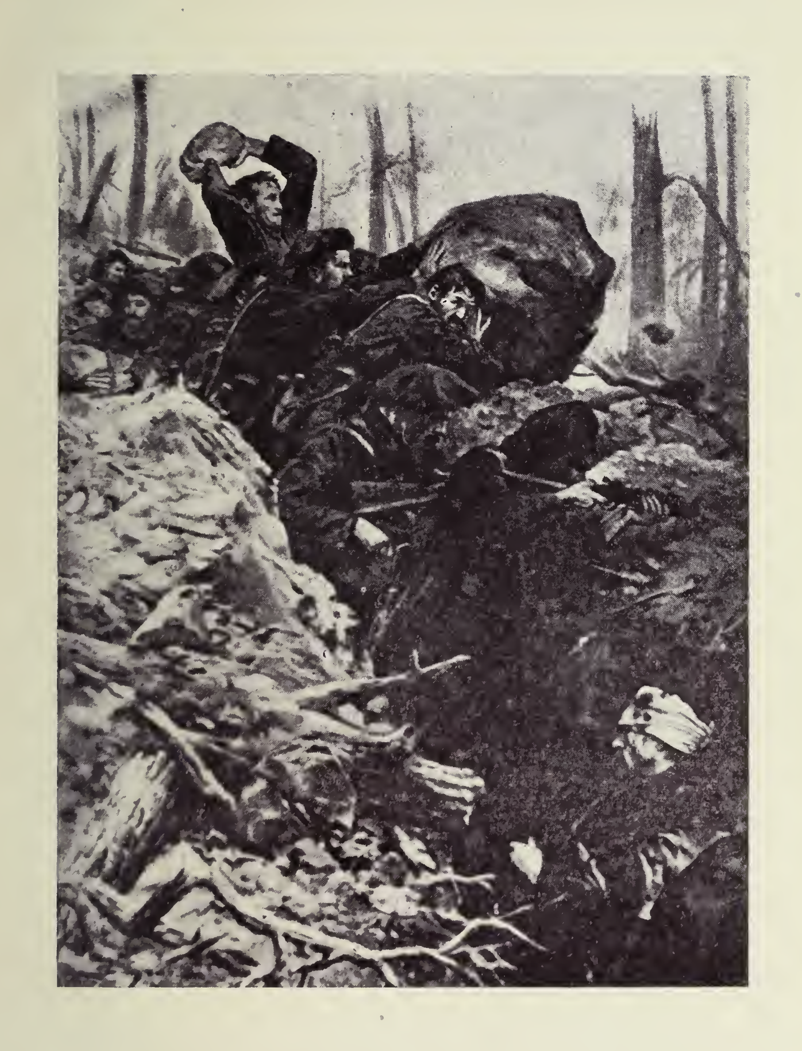
detenido expectante, avanzamos hasta la cabeza de los tranvías para ver lo que motiva aquella paralización, aquella expectación, aquel motín ó tumulto.

Pues lo que sucede es que un gorrioncillo nuevo, apenas volandero, se ha parado en los cables de la línea de tranvías y, tímido é indeciso, no se atreve á volar y permanece parado en el cable en donde el troley, á medio metro, se ha detenido amenazando fulminarlo .

De esta inminencia de peligro se han dado cuenta á tiempo unos canillitas (golfitos), vendedores de periódicos, y con gritos terribles de indignación y protesta han conseguido que el mótorman pare á tiempo. En esto, la gente mayor ha hecho causa común con los muchachos y ya, por no ser menos y por rara unanimidad, hasta los guardias de orden público se han puesto de parte del gorrioncillo.

Y venga de osear al pajarito y de hacerle espantapájaros y hasta de decirle cosas persuasivas. ¡Que si quieres! El pajarito no se mueve.

Hay quien protesta de la detención, de la futileza, de lo poco razonable de la cosa, y del sentimentalismo loco... ¡pero tal que digeras!



Silbidos, insultos, groserías...

—No se mueven los tranvías ¡les pegamos fuego!... Es una crueldad matar así á conciencia, á un pobre pajarillo...

—Hay que buscar una caña larga...

—Si, si, vamos por ella.

Y trageron la caña y osearon muy dulcemente al pajarito, que con un vuelecito llegó á un tejado próximo, sano y salvo. ¡Loado sea Dios!

*
* *

Y se ha restablecido la circulación y los vendedores de diarios vocean los veinte mil muertos de la última batalla... Y el público compra diarios y lee y saborea ávidamente horrores, muertos, heridos, catástrofes, buques hundidos, ciudades incendiadas...

La paz de los hombres

Doloridos, quebrantados y melancólicos, tristes y decepcionados, huídos de este jolgorio y trifulca de la vida que no tiene piés ni cabeza, maulados como perro perniquebrado y sangrando una oreja, que busca un rincón para lamerse sus heridas... Así hemos buscado el reposo de aquellas calles, aquella unanimidad y armonía, aquella quietud, aquella bendita paz... Y acansinados nos hemos dejado caer sobre una losa... ¡Qué agradable recogimiento!... ¡Indudablemente los muertos saben vivir!

Es un encanto aquel cementerio de la ciudad ya clausurado, llenito de muertos, pero limpito y en orden y sin ese apestoso olor á putrefacción que es más frecuente notarlo entre los vivos.

Y reflexionamos:

—Qué ceguera nuestra en buscar el bullicio de las calles

de la capital! En el centro más aristocrático, donde concurre lo más escogido, abundan los imbéciles que os atropellan con su automóvil, que os aturden con sus trompetazos, que os echan los caballos encima... Esos caballos excépticos que se ríen de lo chic y de la sociedad escogida, de sus buenos modales y de su cultura, y se hacen sus necesidades allí mismo con perfecta satisfacción, notándose con frecuencia en el paseo de lo más encopetado y señor y de lo más fino y pulido, entre damas exquisitas y gaznápiros que hacen dudar de la redención humana, la sensación de estar entre animales y una peste insoportable á cuadra.

Entre los muertos se nota la petulancia, la estúpida soberbia, la riqueza cargante; pero no es cosa de los pobrecitos muertos: es cosa de los vivos también.

*
* *

No se descansa mal al pié de estos cipreses... Bien dijo el poeta:

"¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruído..."

Los muertos lo entienden en su eterno descanso... ¡Si uno pudiera hacerse el muerto!...

*
* *

A la sombra de estos cipreses, rodeados de esta buena gente que para nada molesta, nos sentimos más agusto, tranquilos, quizás alegres, almenos optimistas... Y entonces observamos que el viejo cementerio, muy poblado de añosos cipreses, está llenito de pájaros que anidan no solo en los tupidos ramajes, sino en las grietas de los nichos y de los panteones.

Los pájaros aquellos son la vida, la alegría, el bullicio del cementerio... Pían y pían y gorgean y, con su parloteo y algazara, parece que celebran aquella bendita paz, que solo les es dado gozar entre los muertos...

Oh, pobres pajaritos perseguidos, tiroteados, enjaulados!... ¡Oh, niditos calientes deshechos y los hijitos muertos!... Estos también son los hombres y están junto á vosotros; pero no os espantan porque es aquí la paz de los hombres y están aquí los hombres en reposo como deben estar.

El caballero de la muerte

Me lo cuenta un amigo: parece que es ó que puede ser un sucedido del trágico momento del "Lusitania".

En el terrible trance un caballero, un caballero de verdad, entregó su salvavidas (no había otro más, no tenía otro) á una señora, que se salvó gracias á esa exquisita caballerosidad... El caballero pereció ahogado. Hay tumbas grandiosas, como el mar, á medida de aquellas figuras humanas inconmensurables que no cabrían en los pequeños mausoleos que erijen los hombres... pequeños por grandes y fastuosos que aparezcan.

Es muy grande, muy gallarda, la figura de ese caballero que en la extrema finura, galantemente, ofrece, como una flor, su vida á una dama:

—No os aflijáis, señora, aceptad mi salvavidas.

—¿Y usted?

—¿Yo? No os preocupeis. Me arreglaré.

Y al entregar el salvavidas casi sonríe con un tic de melancolía, porque aquel caballero, tan caballero, no sabía nadar.

¿Cómo te cantaré yo, caballero galante y fino de la muerte? Quijote de la más fina esencia quijotesca? ¿cómo te cantaré yo para que de tí quede entre los hombres una leyenda de oro?

Pués diré sencillamente tu vida de caballero.

Tú no permanecías sentado cuando una señora entraba en el tranvía y no hallaba un asiento libre; tú en las aceras, con un movimiento amable, cedías el paso; tú con toda galantería ofrecías el brazo á una anciana y dabas la mano á un ciego sirviéndole de lazarillo... Tú eras correcto, de una corrección extraordinaria... tan correcto de forma como de espíritu... y después de entregar tu salvavidas, si has tenido tiempo, acaso te hayas vestido de frac, luciendo sobre las olas la más inmaculada pechera...

Adios paladín extraordinario de la caballerosidad.

Los hombres que tanto blasonaron de honor y de caballerosidad y que se hunden, peor que en el mar, en lo más canallesco y grosero, deben tomarte de ejemplo.

Y los hombres que abatidos, pensábamos en la irredenta

Humanidad bestializada, pensemos, consolados, con esperanza, en otros hombres que habrá como tú.

*
* *

Aquella señora, salvada gracias al rasgo generoso y galante del caballero, ha investigado ansiosamente si se salvó y ha sabido que pereció ahogado... Y todos los días aquella señora deshoja en la playa sobre las olas un ramito de flores y besa con el más dulce suspiro la tumba grandiosa que ha dado el mar al más caballero de los caballeros.

La amada

Habéis nacido... ¿en donde? En donde sea. Mejor diríamos en donde os habéis críado, en donde han transcurrido los días de vuestra infancia... Allí, aquella tierra, aquel paisaje de país tórrido ó templado, de montañas ó de llanuras, de nieves, de brumas ó de cielo límpido, va á ser vuestra patria. Aquel país lo váis á adorar, lo váis á llevar en el alma cuando os vayais lejos de él, lo váis á querer siempre, constituyendo durante toda vuestra vida una de vuestras mayores ternuras y una de vuestras mayores debilidades.

Pues esta buena patria, como bella mujer que abusa de la influencia que ejerce sobre vosotros, corresponderá á vuestro cariño esclavizándoos: será vuestra preceptora, marcará la línea de vuestra conducta, no os podréis mover sin su venia, adonde vayáis tendréis que declarar que le pertenecéis, hará presión en vuestro pensar y en vuestro sentir, avara, aumentará



sus exigencias pecuniarias si os vé mejorar de suerte ó de fortuna y, finalmente, malquistada por despechos y soberbias ó envidias y ambiciones con cualquier vecina, furiosa y con ansias de muerte y exterminio, os pedirá hasta vuestra sangre, exigiendoos que vayáis á matar y á mataros por ella...

Entonces si vosotros vaciláis ante el sacrificio, por vuestra inclinación pacífica, por vuestros sentimientos y por vuestras convicciones, ella os llamará amablemente "¡Hijo mío!" y os hablará del honor y de otras cosas sacrosantas... Pero sí, apesar de todo, no le hacéis caso y no váis á pelear por ella, olvidará que sois su hijo, olvidará que se lo habéis dado todo, olvidará la ternura que sentís por ella y mandará que os fusilen.

La Navidad de la guerra

Dicen que el Sumo Pontífice de la iglesia católica se dirigirá á los jefes de las naciones beligerantes pidiéndoles que se pongan de acuerdo para celebrar un armisticio durante el día de Navidad.

Pero el Santo Sínodo parece que no quiere· Hasta los pontífices se tiran los Cristos á la cabeza·

En el bosque de la muerte

Un episodio característico de la terrible lucha del Aisne ha sido narrado por un sargento herido, mientras peleaba en uno de los bosques de esa zona. Dos regimientos alemanes se habían posesionado del bosque. Los franceses estaban ya por ceder, cuando reciben el apoyo de la artillería.

Desde el terraplén del ferrocarril, dice el sargento, podíamos dominar el bosque y presenciar los estragos del bombardeo

que duró toda la noche. Por la mañana no resonaba en el bosque un solo tiro alemán. Fuí designado con una patrulla para hacer una exploración.

Avanzábamos con mil precauciones para no ser sorprendidos. Era un espectáculo horrible. Por todas partes se veían montones informes de carne humana, miembros esparcidos y cabezas decapitadas que colgaban, no sabemos cómo de los árboles.

Contra un tronco yacía el cadáver de un alemán incrustado en la madera, sin duda, por alguna bala de cañón.

Otros cadáveres estaban como petrificados en la posición en que los había sorprendido la muerte.

En todo el bosque y de todos los hombres que componían la fuerza alemana no había vivo uno solo siquiera...

Por allí había pasado una carga de zuavos!...

Los pastores de Bethlehem

Y había pastores en la misma tierra, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado.

Y he aquí el ángel del Señor vino sobre ellos, y la claridad de Dios los cercó de resplandor; y tuvieron gran temor.

Mas el angel les dijo: No temáis, porque hé aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo.

Que os ha nacido hoy en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.

Y esto os será señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, echado en un pesebre.

Y repentinamente fué con el ángel una multitud de los ejércitos celestiales, que alababa á Dios y decía:

"Gloria en las alturas á Dios,

"Y en la tierra paz;

"Buena voluntad para con los hombres".

[San Lucas, Cap. 2, Vers. 8 al 14].

Y como fué nacido Jesús en Bethlehem de Judea en días del rey Herodes, he aquí unos magos vinieron del Oriente á Jerusalem, diciendo: ¿Donde está el Rey de los Judíos, que ha nacido?, porque su estrella hemos visto en el Oriente, y venimos á adorarle.

[San Mateo, Cap. 2. Vers. 1 y 2].

*

* *

La Pascua se va y se viene,

la Pascua viene y se va...
¡y nosotros nos iremos
y no volveremos más! (1)

En las trincheras, oyendo silbar alguna que otra bala, cantan así los soldados borrachos de juventud y de vez en cuando cae, para no levantarse más, alguno de aquellos que no han de volver.

* * *

Nuestro árbol de Navidad es un tanto trágico — dice un soldado — A falta de otros juguetes, de él penden cabezas decapitadas, miembros humanos y cuerpos mutilados... De estos árboles están llenos los bosques... ¡por donde pasan los zuavos!

* * *

Otras noches de Navidad resplandecían el Orbe entero celebrando con regocijos y fiestas el nacimiento del Redentor... Esta Navidad, enmedio de la desolación y de la muerte, resplandecen siniestros los pueblos incendiados... ¡¡Acaso el Redentor ha muerto también!!

* * *

Los hogares estaban tristes ¡pero cómo se conoce que hoy es Noche buena!... Al pasar por ellos se oye sollozar más des-

[1] Popular

consoladamente!...

∴

Si los pensamientos fueran visibles y tuvieran forma luminosa de ángeles al cruzar el espacio, ¡qué espectáculo maravilloso sería, la Noche de Navidad, el verlos partir de las líneas de batalla y el verlos llegar á ellas!...

∴

¡Cienmil, quinientos mil hombres en plena vida han perecido en los desiertos campos, en las cenagosas aguas de los ríos y de los canales y bajo las heladas nieves!... Eran la flor de la juventud... eran las canciones de Navidad... La Navidad ha muerto... ¡¡Quién, ogaño, cantará la Navidad!!

∴

Los pastores y pastoras
todos van juntos por leña
para calentar al niño
que nació la Noche Buena (1)

Aquellas inocentes criaturas angelicales que cantaban ésto con voces seráficas, se vén ahora sin amparo ni hogar, huérfanas, abandonadas, hambrientas, desnuditas como el niño Je-

[1] Popular

sús, ateridas de frío...

Pastores venid,
pastores llegad! (1)

*
* *

Durante la Noche buena, en las pavorosas tinieblas de la muerte, millones de hombres desde los campos de batalla contemplan en el cielo una estrella de brillo encantador... "¿Será—dicen—la estrella que guía á los pastores?" Y hay quien sueña que, en pos de los pastores y guiados también por el resplandeciente lucero, siguen los reyes que irán á postrarse ante el Dios de la paz y del amor y de la buena voluntad entre los hombres.

---

[1] Popular

Estrellita de Judá

"Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica la atmósfera. Lo dijo de cierta manera el filósofo de ella, Hegel; lo dijo su taciturno místico, Moltke. Otros grandes hombres, grandes por su corazón y por su cabeza, la han defendido y glorificado. Cristo dijo que venía á la tierra á traer guerra.

UNAMUNO

¡Dios mío! ¿será cierto que es necesaria la guerra? Fatal —puesto que sucede y se repite á través de los siglos — pudiéramos creerla... ¡pero necesaria!... En nuestra simplicidad no lo entendemos y no podemos creerlo.

Hay juicios diferentes sobre la guerra y sobre esta guerra, que nos desconciertan y conturban... Hombres serenos ó exaltados, sentimentales ó fríos... de profundo pensar ó de expontaneidad ingenua, nos dicen su idea y su sentir... Pe-



ro hay criterios tan opuestos y tanto disienten unos de otros que — débiles á tanta luz — cegamos.

Necesitamos que nos digan sencilla y claramente las cosas y que, además, todavía, nos sean explicadas con ejemplos...

Un puntito claro vemos en nuestro aturdimiento por tanta luz: es aquella aspiración redentora que, según declaran, parece guiar á todos como una estrella...

Somos sencillos y, ante la palabra autorizada, nos sentimos tímidos en nuestra candidez pacifista; pero, acongojados, se nos salta del pecho el deciros que los que consideráis la guerra como necesaria á la virilidad é integridad de los pueblos y quizás conveniente también á los altos intereses de la cultura, no la debéis de haber sentido ni imaginado en todos sus horrores.

Es mentira (ahora más que nunca) lo de la guerra regular entre pueblos cultos... (Estos ya no son pueblos cultos....)

Es mentira la lucha en campo abierto... es emboscada traidora premeditada y preparada en contra, sí, de los que, inocentes de todo, derraman la sangre generosa y dejan atrás

un rastro de miserias, de luto y de lágrimas...

Es mentira lo del abrazo fraternal de vencedores y vencidos... El final de la guerra será una paz teatral como otras veces, será un beso de Judas... El final de la guerra será un sordo juramento de futuras venganzas, una íntima promesa de represalias terribles, una acumulación de odios pavorosos para el porvenir.

El final de la guerra será la paz y la fraternidad, si los hombres que se matan sin odio y sin saber por qué, abren los ojos y al alborear de ese día — del día de la paz — ven la lucecita redentora de aquella estrellita de Judá...

El mal tiempo

Londres, Noviembre. — El "Daily Express" dice que ayer en Flandes, se mantuvo muy inactivo el fuego entre los combatientes. Ambos tenían el enemigo común: el mal tiempo".

* * *

El mal tiempo!...

Unos le llaman aliado y otros enemigo común.

El mal tiempo, con sus fuerzas las lluvias torrenciales, las heladas nieves y los desatados huracanes, es el único soberano, rey de los elementos, que puede terciar imponiendo la paz entre los hombres.

¡Bendito tú, mal tiempo, que destrozas los dirigibles y aeroplanos, que paralizas los buques de guerra, que hundes en el fango los cañones y que echas agua á la pólvora!

Solo tú, oh tiempo, aunque seas malo, traerás la anhelada paz.

La Cruz Roja

El horror de la guerra, en general, y de ésta, en particular, hizo decir al multimillonario Carnegie, cuando le invitaron á dar su óbolo para la Cruz Roja.

—¡No! Yo doy á manos llenas mi oro para hospitales y bibliotecas. No lo doy para proseguir la guerra. ¡Puesto que la quieren los pueblos, ¡que sucumban sin misericordia!

*
* *

Tan admirable como el adelanto de las artes de la guerra en sus elementos destructores que son de lo más perfecto en la ciencia y la mecánica, son sus medios de aprovisionamientos y de asistencia sanitaria; éstos son estudiados y de perfecta or-

ganización, llegando al sumun en lo que respecta á medicina y cirujía pues, no solo se gastan inmensas fortunas en acopio de material, ambulancias y medicamentos de todas clases, sino que forman verdaderas legiones de ángeles las mujeres que con piadosa abnegación asisten á los heridos y enfermos en los hospitales y campos de batalla·

Sin embargo, la guerra es tan espantosa, tan terrible, tan inhumana, tan bestial y sin nombre, que los pobres soldados perecen de hambre y sed al mes de iniciarse las operaciones y agonizan sin auxilios médicos hacinados en los depósitos de heridos y se pudren en sus llagas mismas abandonados en los campos de combate...

En cambio en tiempos de paz en los campos (no de batalla, sino donde Dios cría el pan de los hombres), se carece de asistencia médica... También en las aldeas y aún en los pueblos grandes se anda muy mal en cuanto á recursos de cirujía y medicina, teniendo los desdichados enfermos que transportarse por un verdadero camino de calvario hasta los sanatorios y clínicas de las ciudades... Y todavía á las puertas de éstos, si los pacientes son pobres, con el dolor á la vista, más

elocuente que todo, hay que rogar, llorar y hacer penosísimas gestiones para conseguir el ingreso.

Esto nos sugiere que se impone una orientación de piedad más humana, más positiva y redentora...

Tiene mucho de insensatez el sostenimiento de esos grandes cuerpos de sanidad militar con el fin exclusivo de seguir á los ejércitos sanos...

No habiendo guerras, esos grandes cuerpos sanitarios podrían recorrer los campos y las aldeas con sus médicos y ambulancias haciendo un bien positivo...

No habiendo guerras (y aun habiéndolas) las instituciones como la Cruz Roja harían más obra de piedad que yendo á los campos de batalla, yendo también con sus socorros á las aldeas y campos pacíficos en busca de los desvalidos y enfermos.

La garantía, la confianza en lo auxilios de la Cruz Roja, es una de las más tristes causas que fomentan la guerra. La Cruz Roja de todo el mundo cumpliría el más alto deber de piedad racional humana negando sus auxilios á los combatientes.

Dejadnos en paz

No hay justificación racional de guerra entre pueblos cultos.

*
* *

Las industrias de la guerra son inmorales y atentatorias á la Humanidad.

*
* *

Es una monstruosidad que los Jefes de Estado, ya en estos tiempos, sean árbitros de la paz de los pueblos.

*
* *

Los consejos de gabinete del Kaiser eran absolutamente secretos.

El Zar — débil según varias versiones — obedecía á la presión de una Corte guerrera.

Francia prestando muchísimos millones á Rusia tenía que plegarse á su aliada ayudándole para defender las finanzas.

Altos militares influyentes, en Alemania, apremiaban á la movilización.

Según Inglaterra, se solicitaba su neutralidad, pasividad censurable, ante posibles expolios.

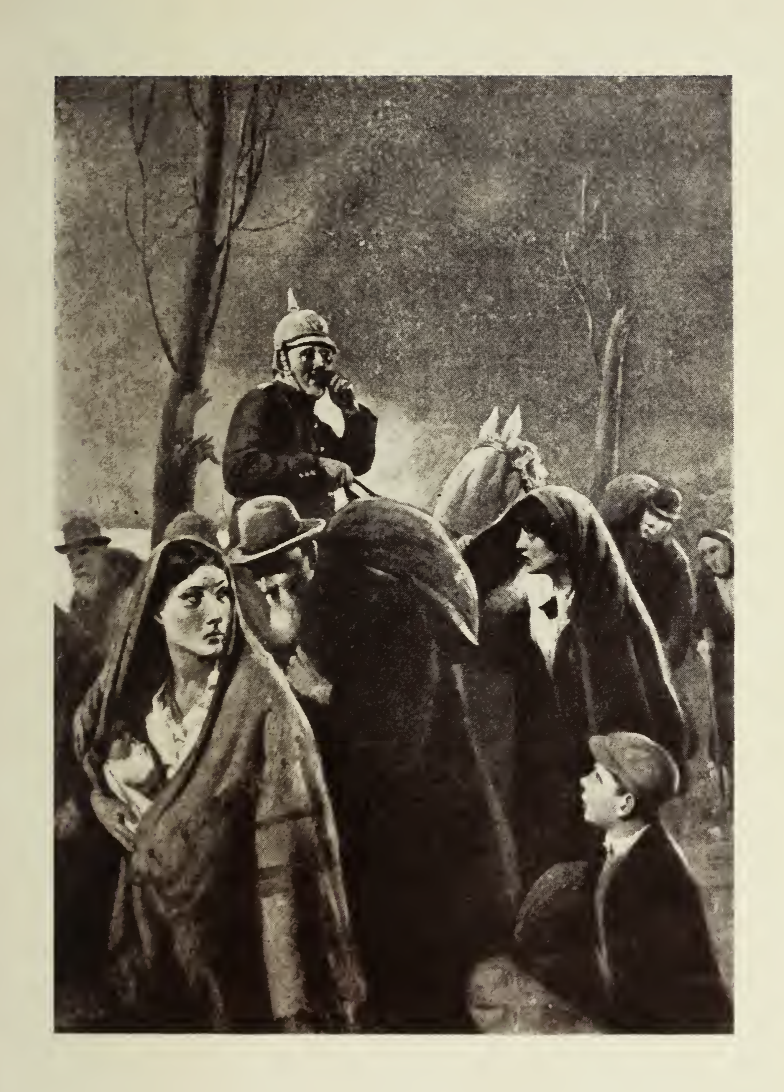
Según Alemania, esa neutralidad se regateaba...parece que se supone que habría podido obtenerse á cambio de compensaciones á medida del deseo inglés... ciertas posesiones coloniales etc.

En una palabra, un caos... vislumbrándose en él, solo una cosa: el prescindirse en absoluto para asunto tan grave como la guerra, del pueblo, del inocente pueblo que había de ir á pelear y á morir.

Si se hubiese hablado claramente al pueblo, si se le hubiese consultado, cada nación, probablemente, más ó menos, hubiese dicho:

—¿Para qué más colonias? Resolvednos el problema de los sin trabajo.

—A qué derramar sangre? á qué revancha? á qué odios?



Dejadnos vivir en paz. Allá vosotros, poderosos, los que habeis arriesgado el dinero en empréstitos!

— Dadnos pan, dadnos libertades, replicarían los rusos — ¿A qué más tierra si nosotros no poseemos ninguna, siendo Rusia tan grande?

— Nuestro imperio ha sido grande y será — han podido decir los alemanes — por nuestra cultura, por nuestras industrias, por el orden y la economía... Cambiad de conducta, no nos arruineis gastando en cañones y soldados el producto de nuestra labor honrada.

Y todos á una voz han podido decir:

—¿Cómo no hay modo de evitar una guerra que ninguno queremos?

Dejadnos en paz con vuestras historias... Unos no teneis sentimiento, otros sois obtusos de inteligencia, á otros no os importa que corran ríos de sangre en tal de halagar vuestra vanidad, vuestra soberbia ó apetitos miserables realizando pingües negocios en este río revuelto...

Dejadnos en paz con vuestras historias... no nos calenteis con el patriotismo, ni con el honor de las armas, ni con la glo-

ria del soldado... No es que vamos á la guerra, es que nos llevais, que nos emborrachais con vuestras arengas del momento, que nos alucinais y vamos ciegos á matar hombres inocentes como nosotros, á incendiar y arrasar hogares tristes como los nuestros...

No es que vamos á la guerra... ¡no vamos! mentira! Nos llevais con leyes infames que no hemos debido sancionar, con reglamentos y ordenanzas que nos somenten y obligan para defender los cesarismos de todos colores.

No es que vamos á la guerra... Nos habeis arrancado violentamente de nuestros hogares tranquilos dejándolos consternados, no habeis arrancado violentamente de los brazos de las madres y de las esposas y de los besos tiernos de los hijitos...

¡Dejadnos de historias!... dejadnos de mentiras y discursos!...

Y no nos habléis más tampoco de la patria, si la patria ha de ser siempre ¡ésto! y ha de costar siempre tanto.

La patria es el hogar, la familia, el trabajo en la paz, el bienestar, la cultura...

Y cuando nos hablais mucho de la patria ya sabemos que

ha llegado la hora de hundir los hogares, desmembrar la familia, suspender la vida del trabajo y el orden, arrasar fábricas, asolar los campos y aniquilarnos en las miseria y en la barbarie.

Extirpemos

Londres, Octubre 3. — El correponsal militar del diario "The Times", que sigue las operaciones que se desarrollan actualmente en Francia, considera que las potencias aliadas deben encarar la posibilidad de una larga guerra y adoptar todas las medidas necesarias.

Debemos, agrega dicho corresponsal, aumentar continuamente nuestros ejércitos en campaña y agotar el enemigo gradualmente combatiéndole por los dos frentes sin precipitación y sin cesar.

Termina diciendo que los aliados se hallan dispuestos á combatir hasta tanto no se haya destruído el despotismo militar".

* * *

Inglaterra pone en lo posible que esta guerra sea larga y

avisa que se debe estar prevenidos á esa eventualidad.

Cada nación beligerante (y aún las neutrales que en nuestro concepto no son neutrales sinó expectantes y en la reserva) cada nación, decimos, mejor cada gobierno, puede pensar en esa terrible eventualidad y hasta procurar hallarse prevenidos á ella Puede también Inglaterra pensar fríamente (con frialdad de hielo) que es necesaria esa larga guerra para aplastar definitivamente á Alemania garantizando así una paz duradera en Europa.

Encontraríamos aceptable el medio de llegar á esa paz, si no fuese á costa de lo que ha de ser, prolongando esta guerra colosal...

¿Es posible que la Humanidad se someta ni siquiera á la hipótesis de una inmolación diaria de miles y miles de hombres durante el periodo de algunos años?

¿Qué bien conquistado para el futuro, puede compensar sacrificio semejante?

¿A qué deidad, á qué culto ni divino ni humano, habría que levantar semejante pira?

¡Nunca esa guerra titánica y bárbara, así hubiese de con-

quistarse con ella la perdurable gloria!

¡Menos todavía para consolidar en sus puestos olímpicos á los ciegos pastores que llevaron á la Humanidad á tan desdichado fin!

¡Antes que esa larga guerra, aniquilemos, arrasemos, extirpemos de una vez todo lo que signifique la diferencia disputada, el motivo, la causa.

Sean las hondas causas extirpadas!
¡Bórrense de los mapas las fronteras!
¡Quémense en una pira las banderas!
¡No más dioses ni testas coronadas!

Centinela, alerta!...

Casi todos los socialistas y muchos radicales han cedido en sus tendencias antimilitaristas ante el peligro de la patria amenazada... Santo y bueno en esta ocasión, pero no olvidemos la orientación redentora.

Posiblemente á partir de la terminación de esta guerra habrá mayores recelos en los Estados, y sus jefes estimarán acaso la necesidad de enormes armamentos, mayores que nunca. Naciones de legislación democrática en cuanto al servicio militar, quizás la restrinjan y hagan éste obligatorio... Ya lo hizo Inglaterra.

Serán aumentados los contingentes armados, se restarán brazos á la producción, se forzarán las cargas tributarias, se aniquilarán los pueblos en un esfuerzo supremo de agotamien-

to... ¡Y la finalidad de todo esto será prepararse para otra guerra que asolará totalmente el mundo y que nos dará la medida de la ceguera y locura de los hombres.

Y esto no debe ser. El remedio está en nuestras manos. Una vez hecha la paz, debe empezar la gran guerra contra la guerra.

Hay que estar alerta! No hay que dejarse adormecer por las sirenas de las revanchas, de las reivindicaciones, del guante que espera ser recogido...

Los grandes armamentos, los grandes ejércitos nos enloquecerán á todos.

El bien de todos, la Democracia Humana, la Federación Universal, ha de ser la obra redentora de los trabajadores de todos los pueblos, imponiendo la paz inquebrantable, la condenación de los armamentos, la facilitación de los intercambios y todo cosmopolitismo generoso.

Esta ha de ser la consigna, atentos y arma al brazo...

¡Alerta, pueblos!... ¡Centinela, alerta!...



La única, imperativa razón de guerra.

Ley natural: un hombre sano, animoso, sobrio, de tendencia pacífica, y hasta con facultades profesionales busca trabajo para ganar su vida y la de los suyos. La organización social es mala, defectuosísima, y ese hombre, muchas veces, no encuentra trabajo y pasa por las más negras horas de la desesperación.

La sociedad humana, los que la rigen y gozan sus preeminencias de todas clases, tienen el deber ineludible de proveer, de regular las cosas, para que nadie (no ese hombre) sino, nadie absolutamente, pase hambre.

Bajan al valle los lobos hambrientos é invade la langosta las feraces campiñas...

La desequilibrada organización social (cúmulo de injusticias y aberraciones) se ha desconcertado al golpe de maza de la guerra, asestado por los que más debían velar por el orden y la es-

tabilidad, y en estos momentos de tribulación y espanto, cundiendo el pánico en los negocios y paralizándose la vida del trabajo, sucede que hasta esos hombres sanos, fuertes, inteligentes, ven ante sí y acechando sus hogares el fantasma pavoroso de la miseria.

Por esto nada más: por liberarse de la más inicua de las desigualdades humanas debía de luchar el hombre... ¡con uñas y dientes, como las fieras, hacer tan solo la guerra del hambre!

El terrible dilema

Amsterdam, Septiembre 20 — Los diarios todos de Alemania, reproducen un artículo que el "The Times" publicó el día 1 de Agosto en el que algunos sabios ingleses protestan de la guerra contra Alemania.

Dicen en él que Alemania siempre ha sido una nación cultísima, que ha marchado á la cabeza de la civilización en la ciencia y el arte, y que los ingleses han tenido siempre que aprender de los sabios alemanes y aún siguen aprendiendo.

"Una guerra de Inglaterra contra Alemania en favor de Rusia y Servia es un pecado de la civilización ("will be á sinagainst civilización"). Esta protesta está firmada por el

profesor Browne, de la Universidad de Cambridge; Estlin Carpenter, de Oxford; Foakes-Jackson, de Oxford; por el rector Latimer Jackson, profesor Kirssopp Lake, profesor Ramsay de Aberdeen, profesor Sebie, de Oxford; J. J. Thomson,de Cambridge.

Añade el periódico alemán, del cual tomamos la noticia, que en Londres se han repartido millones de prospectos contra la guerra y que todos los taxímetros llevan unos carteles que dicen: "We want no wat with German" (no queremos guerra contra Alemania.

*
* *

Alemania como pueblo de paz tiene todas nuestras simpatías... ¡como pueblo de guerra tiene toda nuestra aversión!...

Desearíamos que no fuese aplastado, deshecho, destruído, borrado de los mapas y de la historia un pueblo de una vitalidad tan fuerte y de un nivel tan elevado en cultura, en orden, en disciplina, en educación económica...

Pero se insiste en que, sin términos medios, — ó Alemania

se alza sobre todos ó es hundida para siempre.

Alemania vencida, podría resurgir, sería su verdadero bien; pues abiertos sus ojos á la luz, comprendería la locura y perdición á que la llevó el militarismo... Pero si—por su desdicha triunfa — deslumbrada por ese triunfo cegará para siempre, olvidará la inmolación espantosa que ese triunfo habrá costado á ella como á los demás pueblos, se emborrachará de gloria y de imperialismo, cada habitante de Alemania — que serenamente abominaría del horror de la guerra—será un Kaiser bélico y el ejemplo deplorable del endiosamiento de los cañones monstruos habrá perdido, encanallado y bestializado, á uno de los pueblos más educados, más sentimentales.

El mundo entero, entonces, temblará — ¡triste fama y grandeza!—al nombre de Alemania—y ante el dilema terrible de ver á esta gran nación vencedora ó vencida, el espíritu entristecido, y en un punto de justicia, preferirá llorar sobre las ruinas del pueblo germano, esperando verlo resurgir, como el fenix, de sus propias cenizas y alzar el poderoso vuelo hácia el sol radiante de la paz y de la armonía bienhechora del mundo!

La santa religión contra el fuerte

La situación no es agradable para los hombres jóvenes que aún residen en París. Las mujeres, sobre todo, insisten siempre en buscar la manera de lanzarles con tonito impertinente una de las preguntas usuales:

—¿Y usted, por qué no está en el frente? O bien: ¿Cuándo parte usted?

De los Diarios

En nuestro país había un brabucón alto, fornido, buen mozo... Como casi todos á los que la naturaleza ha favorecido físicamente, hacía ostentación de su guapeza, molestando y mortificando á los demás, deprimiéndolos, teniéndolos aplastados bajo su superioridad...

A quien más zahería y mortificaba el brabucón era al más insignificante y débil: á un muchacho enteco, esmirriado y de poca estatura.

El brabucón se lucía con él delante de los gaznápiros que coreaban la fuerza del bruto.

Yo, que era niño entonces, comencé á sentir antipatía (odio á veces) contra el tipo favorecido (gallardía, fuerza, arrogancia, perfección de formas) que después, según la teoría del super, debía de tener derecho á nuestra preferencia, sumisión, acatamiento, admiración, aplauso.

Prueba de ello, pasados cuarenta años, el supergermanismo de Bernhardi y demas "supers" de la raza humana.

¡Pero yo qué sabía de eso entonces! Sentía odio, rabia contra todo "super" aplastador...

Rabia y nada más...

Hoy ya es otra cosa: veo claro y defino mi sentir.

La de Cristo era y será la redentora, la santa religión contra el fuerte.

Al brabucón aquél lo mató un día, de una puñalada en el bajo vientre, el muchacho enteco, exasperado de que el otro,

no solo se mofó de él, como de costumbre, sino que le dió un bofetón y lo dejó echando sangre por las narices.

Yo pocas veces he sentido un placer tan grande, sin arrepentimiento nunca después, y jamás me he encontrado tan satisfecho, como cuando aquel infeliz esmirriado hizo miserable estopa al brabucón metiéndole en las ingles un palmo de acero.

Y cuando leo cosas como la filosofía de Bernhardi (teoría del germanismo) me siento fanático de aquella Santa religión contra el fuerte y acaricio en mi fiebre de raquítico desequilibrado, la ilusión de una cruzada sin precedentes: la de los débiles, la de los degenerados, la de los deformes, la de los leprosos de toda lepra, la de los tísicos desahuciados, la de los miserables abandonados, cobardes, menospreciados, pusilánimes... la cruzada de los pueblos pequeños, de los pueblos desorganizados, de los pueblos sin régimen económico y sin norma militar, contra los brabucones, guapos, arrogantes... contra los favorecidos, sanos, fornidos, colorados... contra los pueblos que han sido disciplinados, organizados, cuidados en su robustez y fuerza y bien dirigidos para llevar á cabo la misión natural y "super" de succionar y nutrirse y engordar con la sangre de los débiles.



Ave, César

Como en Sierra Morena

París, Nbre. 2. — Hoy se vencía el plazo para el pago de quinientos mil francos por el príncipe de Mónaco á los alemanes, rescate impuesto á cambio de no destruir su castillo en Sissone. El príncipe prometió pagar trescientos ochenta mil y dirigió una carta al kaiser recordándole su antigua amistad y pidiéndole que evite la ruina de ese hermoso castillo.

Yo pensaba, inocente, que aceptando como una cosa fatal la guerra, pero entre pueblos civilizados y más todavía al amparo del tan pregonado derecho de gentes, no habría que temer sino las inevitables consecuencias y daños propios de la lucha.

Me figuraba los buques echados á pique en un combate naval; los imprescindibles estragos de la artillería en pueblos y ciudades: el paso asolador de los ejércitos por los campos cultivados... Me figuraba los no combatientes huyendo del fragor de la lucha; las penalidades y fatigas propias de la alteración y del desorden; el desastre económico acarreado por la pa-

ralización del trabajo y de los negocios...

Me figuraba finalmente la paz, una paz triste de infinitos hogares enlutados, pero con la consolación íntima de que cayeron los héroes con honor y en defensa de la integridad patria...

Me figuraba también á los pueblos vencidos soportando las cargas razonables de la guerra, discutidas por un tribunal néutro y digno, y suavizadas por la generosidad y gentileza del vencedor...

Lo que no pensé nunca es que en una guerra entre pueblos civilizados hubiese habido la premeditación de adquirir terrenos, años atrás en el país del sospechado enemigo, preparando en estos terrenos so pretesto de industrias ó de otra cosa el emplazamiento de cañones monstruos...

No pensé que gobiernos cultos y humanitarios, aprovechasen la impunidad de la paz para sembrar los mares de minas explosivas contra naves incautas é indefensas...

No creí que innecesaria y caprichosamente serían barridos á cañonazos pueblos y ciudades y monumentos artísticos...

Jamás me imaginé las mieses y las alquerías incendiadas sin necesidad alguna, los aldeanos sometidos al suplicio, las mu-

jeres violadas, los niños martirizados, las muchedumbres enloquecidas huyendo de las ciudades, los pueblos conquistados gimiendo bajo el yugo de imposiciones humillantes, agobiadores tributos y premiosas contribuciones de guerra, ruina y expolio de los vencidos...

Pasaron las guerras bárbaras y vinieron las guerras de los pueblos civilizados... Hoy ya sabemos á que atenernos y sabedlo todos para el futuro: la guerra es siempre la guerra: la matanza por instinto feroz, la crueldad, la traición, el crimen, la violación, el robo... Y ésto, á mansalva; en bandas; cobarde é impunemente, á la sombra de las gloriosas banderas y á los gritos sagrados de "honor" y "patria".

Nos hemos escandalizado ante las masacres mexicanas...

¡Oh, pundonoroso Villa rey del Méjico asolado por tus gloriosas hordas, salve!

* * *

Y... salve ¡Oh César! que haces la guerra al mundo entero:

¡Salve, César! ¡Los pueblos de Europa que van á morir, te saludan!

El suicidio de la Humanidad

Son arrasados los campos de cultivo, son destruídas las fábricas, son incendiados los depósitos de toda clase de subsistencias y materiales... arden los bosques y las minas hulleras, son volados los puentes, inutilizadas las líneas férreas, echados los buques á pique...

Los habitantes de poblaciones enteras huyen despavoridos sin saber á donde acogerse.... ¡éxodo mártir! débiles mujeres niños, ancianos... Sin hogar, atribulados; hambrientos... con la perspectiva de un invierno de Dios sabe qué horribles miserias!...

A un tiempo, en las naciones neutrales, por influencia de la hecatombe universal se quebranta la vida económica y — paralizadas las industrias y sin salida los productos del suelo — se agrava el estado precario: regiones laboriosas y ricas, por naturaleza, atraviesan momentos difíciles como si la gue-

rra las hubiese barrido también.

Mientras en unos pueblos pasan hambre, en otros se pudren los productos. . Son inutilizados los ferrocarriles, y las muchedumbres caminan, agotadas las fuerzas, con los pies ensangrentados... Son destruídos los hogares cuando llega á las puertas el invierno inclemente... Las legiones asoladoras de la ruina y la muerte invocan la libertad y la gloria. y llevan amarrados al arzón de sus cabalgaduras infelices rehenes y convierten la vida por donde pasan en el más negro infierno...

Y esta maldición del mundo, este enorme cataclismo, no ha venido del misterio irrefutable, no: es la propia Humanidad insensata que se suicida!

Infamados

Burdeos, Octubre 17. — La inquisitoria realizada por un comisario delegado ha confirmado la realidad material de la orden del día del general alemán Stenger que prescribía á las tropas no dar cuartel y ultimar á los heridos.

Numerosos prisioneros alemanes (más de veinte), pertenecientes al 112 y al 142 de infantería, que constituyen la brigada Stenger y que se encuentran internados en Saint Etienne y Motbrison, han reconocido, bajo juramento, que esa orden les fué impartida el 26 de Agosto, y que, en consecuencia, los heridos franceses que se encontraban ese día alrededor de sus batallones, fueron ultimados. Los oficiales vigilaban el cumplimiento de esta orden, y especialmente el capitán Curtins, del 112.

. ˙ .

París, 20 — Se ha facilitado una nota cuyo

texto literal es el siguiente:

"El Gobierno de la República francesa tiene el honor de poner en conocimiento de las potencias signatarias de los acuerdos de La Haya los hechos que á continuación se expresan cometidos por las autoridades militares de Alemania violando así el Convenio de 18 de Ocbre de 1907, firmado entre otros, por el Gobierno imperial.

"Según informe recibido por este Gobierno con fecha 10 de Agosto de 1914, y suscripto por el general comandante en jefe del Ejército, las tropas alemanas han rematado á numerosos heridos, aplicándoles el cañon de un revólver á la cara y disparando á bocajarro. Lo demuestra el hecho de que los cadáveres presentan en su mayoría heridas de arma de fuego todas en el rostro, y cuya dimensión demuestra palpablemente que se ha disparado á unos cuantos centímetros sólo de la víctima.

"Otros heridos han sido pateados á propio intento, destrozándoles la cara á taconazos."

* * *

Cuando esta guerra casi universal acabe, la mayor parte de los hombres, ; la mayoría de la Humanidad, tendrá las manos manchadas de sangre...

Pensemos en el desastre moral que ocasionará la guerra: á su terminación, si no una sociedad de asesinos, por lo menos formarán muchos pueblos una gran sociedad de homicidas...

Casi todos nos hallaremos abezados á una vida de vandálicos horrores y no solo sabremos matar é incendiar... ¡Dios nuestro!... sino que habremos matado é incendiado... En las emboscadas habremos acribillado á balazos á nuestros semejanjantes... En las luchas de cuerpo á cuerpo, los habremos clavado en el suelo á bayonetazos... los habremos tenido asidos sintiendo su convulsión agónica... los habremos rematado estrangulándolos, clavándoles nuestros cuchillo, aplastándoles el rostro y el cráneo de un pisotón, cuando con las órbitas desencajadas nos habrán mirado tal vez pidiéndonos clemencia que no habremos tenido... Los habremos rematado disparando nuestro revólver en auqellas bocas espirantes que dicen "¡Madre mía!" "¡Esposa mía!" "¡Hijos míos!"... en el postrer adiós...



El pan nuestro

La falta de recursos en Bélgica se ha hecho casi absoluta y se da el caso de gente, antes pudientes, que recorre los caminos en demanda de un trozo de pan.

Mueren de hambre niños y ancianos. En cuanto á las mujeres del norte, recorren los caminos en largas caravanas dirigiéndose á Holanda.

* * *

Londres. — Comunican de La Haya que la situación en Amberes y Bruselas es desesperada.

Los alemanes monopolizan la mayor parte de los víveres y lo poco que produce en este momento el país, para aprovisionar á sus ejércitos.

* * *

Se dice que no sería nada sorprendente, ni injustificado, que Hoosver acuse á los altos funcionarios alemanes de interesados, y de haberse enriquecido á costa de las poblaciones belgas que morían de hambre.

* * *

He visto una fotografía de soldados alemanes distribuyendo pan entre la gente del pueblo, en Mecheln (Amberes).

Ninguno de los horrores de esta guerra, siendo tantos y de la más terrible impresión, me ha conmocionado como esta escena que me produce rabia, indignación y lástima infinita...

Esta gente del pueblo tan honrada, tan digna, tan grande, como los monarcas corsarios y su séquito de galoneados perros y cobardes verdugos... esta gente tan honrada... pero no: ¡más honrada! ¡más digna!, más grande!... por que ha ganado el pan de cada día... no solamente para sí propia, sino para su hogar, para sus hijitos... ¡y hasta para los ladrones que le roban el sudor, la paz y la preciosa sangre!... esta gente tenía su pan: no necesitaba mendigarlo porque el pan era más legítimamente suyo que de nadie. Sin embargo ¡oh, iniquidad y vergüenza, asco de aquellos que ni en la altura dejan de estar bajos!... ¡Afrenta de bestias, que ni alzadas en trono de tiranos saben erguirse y obran y marchan como bestias!... ¡Oh, circo de animales encasacados y engalonados con mogigangas de hombres, pero con peste de cuadra!...

Cañonearon los bellos pueblos trabajadores que como colmenas, laboraban miel de la vida... Arrasaron los felices hogares, los saquearon, los mancillaron... Requisaron las provisiones para ver á las poblaciones hambrientas, arrastrarse y gemir, mendigar é implorar... y, entonces, humanitarios y generosos, largarles un mendrugo del mismo pan que les robaron...

¡Cuántos habría entre los humillados y escarnecidos que, (puestos en el dilema de vivir ó morir, y habiendo visto allanados sus hogares y fusilados y martirizados y mutilados sus padres, sus hermanos, sus hijos,) sentirían ante el tiránico y culto dominador, el noble impulso de tirarle en un bello gesto aquel pan á la cara!

¡Oh, vencedores gloriosos, canalla del militarismo, del imperialismo, del cetro y la corona; canalla quienes seais, si tal ha sido vuestro proceder: no deis á esa pobre gente el pan como á los perros. Es más piadoso y más digno para ellos y para vosotros que los ametralleis en montón (hombres, mujeres y niños y ancianos) como también teneis por costumbre!

¿Despiertan los pastores?

Las tenebrosas sombras de la noche nos rodean todavía. Poco ha llegado á nosotros aún "la voz de los pastores". Quizás todavía no despunta la Aurora...

Hablan algo los pastores, acaso despiertan entre sus majadas; pero después de la carnicería de los lobos y de la desbandada de las ovejas, más que de guiar á sus rebaños á un oasis de paz sin lobos y sin hienas, tratan de reunirlos y llevarlos mansamente hácia el matadero.

* * *

Comienzan á hablar los hombres que guían á la Humanidad, pero su palabra no es orientadora...

Tratan de explicar la guerra, de justificarla... imputan la culpa á quienquiera ó á lo que sea y, no pocos de ellos, para

consolación terrible, tratan de demostranos el fatalismo de la guerra y hasta lo más estupendo y triste: la necesidad y conveniencia y bondad de la guerra.

⁂

Tenemos el optimismo de creer que, á pesar de la dura lección del momento, no nos hemos quedado solos en este dulce ensueño de una consoladora orientación de paz y fraternidad entre los hombres... Los buenos pastores también harán oir su voz.

Indice

Obras de Vicente Medina

EN PRAPARACION

El Libro de la Paz (La voz de los pastores) — Prosas —Páginas de combate que resumen el trágico momento de la actual guerra bárbara del mundo. Este libro es la amplitud del grito desgarrador que el autor lanza en sus CANCIONES DE LA GUERRA. Forma un grueso volúmen de mil páginas.

La Compañera Poema—Poesía. La obra más íntima del autor en donde se manifiesta su carácterística sentimental más honda y delicada.

I **Ya regada está la tierra con la sangre de los hombres...**

II **Hondos surcos han abierto, los trabajos y las penas...**

III **Sembradores, á los campos que es el día de la siembra!.**

Son tres volúmenes que contienen escuetamente las tendencias radicales del autor ante el desquiciamiento social: guerra, imperialismo, militarismo, nacionalismo. Una buena parte del contenido de estos tres volúmenes forma EL LIBRO DE LA PAZ con acopio de juicios notables é informaciones, tomados de la prensa.

Sin rumbo Versos escépticos.

Yo mismo Autobiografía y preceptivaliteraria.

A la buena de Dios Filosofía ligera.

Vicente Medina tiene material para algunos otros tomos en prosa y verso.

Correspondencia á VICENTE MEDINA
Entre Rios 958
ROSARIO de Sta. Fé
República Argentina


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 101116330


EX-LIBRIS
V. MEDINA